

## UNA HISTORIA QUE ME CONTARON EN UNA FIESTA

Álvaro Bisama<sup>1</sup>

Ella se fue en la mitad del matrimonio de mi prima. No voy a contar qué pasó. Veníamos mal, apenas podíamos hablar. Aceptó acompañarme para que nos distrayésemos y porque le caía bien mi tío y mi prima siempre le pareció simpática. La ceremonia estuvo bien: una viña transformada en salón de eventos a la salida de Santiago, una banda en vivo que tocaba música tropical y clásicos del rock latino, mucha gente de la tele amiga del tío; desde cámaras hasta algunos rostros y animadores.

El tío siempre trabajó en televisión. Había pasado por todos los canales. Partió como coordinador de piso y luego lo volvieron productor. Hizo matinales y unos programas malísimos de concursos que funcionaban con el público de las tardes. Siempre nos pidió que por favor no los viéramos, para qué, podíamos hacernos una impresión equivocada de lo que hacía. Era su trabajo pero él no era así. Lo decía con una falsa vergüenza, cuando nos topábamos con él en Navidad o las fiestas patrias. En esas ocasiones, nos traía autógrafos o poleras o merchadising de regalo. Mi mamá se peleaba con él a veces porque tenían el mismo carácter y chocaban en las cosas domésticas. Mi prima era diseñadora y se había casado con un muchacho que era periodista y trabajaba en el canal en un estelar. Mi tío los había presentado. Algunos fines de semana me los topaba en algún local en Bellavista y me preguntaban cómo estaba mi matrimonio. Yo les contaba un poco y ellos me iban a dejar a la casa o me subían a un taxi cuando apenas podía caminar por la borrachera.

---

<sup>1</sup> Álvaro Bisama (1975, Valparaíso). Escritor, profesor, crítico literario y columnista en diversos medios de comunicación chilenos. Doctor en literatura de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Director de la Escuela Creativa de la Universidad Diego Portales. De sus novelas mencionamos: *Caja negra* (2006), *Música marciana* (2008), *Estrellas muertas* (2006), *Ruido* (2012), *Taxidermia* (2014), *El brujo* (2016), *Laguna* (2018). De sus cuentos: *Los muertos* (2013), *Cuando éramos hombres lobo* (2015, 2021). Y de sus crónicas: *Zona cero* (2003), *Postales urbanas* (2006), *Cien libros chilenos* (2008), *Televisión* (2015), *Deslizamientos* (2016), *Mala lengua. Un retrato de Pablo de Rokha* (2020). Ha obtenido, entre otros reconocimientos, el Premio Municipal de Literatura de Santiago en 2011 (por *Estrellas muertas*), el Premio Academia Chilena de la Lengua, en 2011 (por *Estrellas muertas*) y el Premio del Círculo de Críticos de Arte de Chile en 2020 (por *Mala lengua*).

Supongo que vieron cuando ella se fue, en medio de su boda y cómo decidí mandar todo al carajo y fingir que disfrutaba la fiesta. Recuerdo que bailé y bebí hasta que el cuerpo me recordó que estaba destrozado. La banda era competente, parecía que les gustaban las canciones que estaban tocado. En un momento se abrió una grieta: en medio de un cover de Billy Idol me quedé quieto en la pista como si tuviese huecos los huesos, mientras sentía que la música me atravesaba el resto del cuerpo, mis nervios y músculos hechos de papel maché, a punto de deshacerse mientras protegían una piel de papel quemado. Duró unos minutos. Luego, no pude quedarme ahí ni aguantar mucho más. Arrastré los pies hasta la barra y me senté ahí. Pedí un whisky doble sin hielo. Quería que el alma volviese al cuerpo. Detenido, bebiendo en pequeños sorbos, hablé con amigos y familiares, miré la pista. El whisky hizo efecto. Un primo (que no era primo sino el hijo que había cuidado la hermana de mi abuela) se acercó para contarme que iba a ser padre pero luego se fue. Esperé que algo sucediera. Me pregunté cuánto alcohol podía soportar hasta perder la conciencia y si un demonio estaría a cargo de mis acciones cuando eso sucediese.

Ahí los descubrí.

No los conocía. No los ubicaba. Iban a la pista, bailaban y luego volvían a su mesa, que estaba lejos de la principal. Estaban solos. Él parecía en la cincuentena y ella era un poco menor. Se conservaban bien. Ella era guapa, él se reía fuerte. Los dos bebían y conversaban, supongo que se burlaban de la gente. Nadie hablaba con ellos. Miraban la pista, ella le susurraba al oído. Me pregunté quiénes eran, qué hacían ahí, de dónde conocían a mi prima o a su marido.

Fue en ese momento cuando el Turco llegó a la barra y se quedó un rato conmigo. Pidió agua y una piscola. El Turco llevaba trabajando con mi tío por mucho tiempo y era amigo de la familia. Cuando ella se separó de mi papá salieron un par de veces pero no sucedió mucho, él siempre dijo que ella no lo tomó en serio. Alguien me había contado que había sido abuelo recién. Lo felicité y le di un abrazo. Era medianoche, todo el mundo ya estaba medio agotado.

Me preguntó por mi esposa, le resumí un poco el desastre. Le dije que estaba bien, pero que quería quedarme un rato antes de tomar cualquier decisión. Le dije que no quería ponerme dramático y que mejor se olvidara de mí, que volviera a la fiesta, que no la arruinase preguntándome huevadas.

El hombre de la mesa dejó a la mujer sola y vino a la barra. Lo atendieron rápido. Pidió dos copas de champaña y se fue. Antes de volver a su lugar, le hizo un leve gesto al Turco; una ceja levantada que él respondió con el amago de una sonrisa. Cuando llegó de vuelta le pasó una copa a su pareja y caminaron a la pista de baile, animándose con la música. El Turco los siguió con la mirada también y los vio perderse entre la gente.

Le pregunté si eran parientes del novio.

Me dijo que no.

¿Quiénes eran?

Dijo que no podía decirme.

La verdad no se le niega a nadie en una boda, dije.

El Turco se rió.

No estamos en *El padrino*, huevón. Y esta no es tu boda, dijo.

Insistí.

No se lo puedes contar a nadie, me dijo.

Es un secreto. Sé muy poco. Él es un detective, dijo. O sea, no detective detective sino alguien que resuelve casos policiales, enigmas, misterios, huevadas así. Es amigo de tu tío. No sé su nombre, tampoco el de ella. Son un matrimonio. Llevan muchos años juntos, viven en San Miguel o en el centro, creo. No sé mucho más. Tu tío no te va a decir nada, dijo. Él fue profesor pero ahora trabaja en una agencia de aduanas. No sé lo que hace ella. Él me habló solo una vez del asunto, el resto de lo que sé me lo han contado otras personas. Él no se refiere al asunto, no sabe que sabemos. Son muchos años, la verdad. Nunca pensé que iba a estar acá. Alguna vez lo vi de lejos, creo. Nunca ha salido en pantalla.

Pero, ¿qué hace precisamente?, dije.

No lo sé muy bien.

Al parecer, él mira la tele y resuelve casos que ve ahí.

¿Es un vidente, entonces?

No, no, dijo, no tiene que ver con eso. Es otra cosa. Mira el televisor como si fuese la escena de un crimen. Se fija en detalles que otros no. Arma teorías con eso. Llama o escribe mails contando lo que descubrió. Casi siempre le acierta. Los mails son anónimos, no le interesa salir en pantalla. Los envía desde una cuenta de correo falsa. Antes mandaba unas cartas escritas a máquina, el remitente era una casilla de correo. Ahora ayuda a veces. No quiere crédito, no sé qué gana. No cobra plata, prefiere el anonimato. Lleva muchos años haciéndolo.

¿Quieres que te cuente una historia de él?, dijo el Turco. Me sé varias pero veo que estás hecho mierda y que no te vas a mover de aquí en un rato. Yo también prefiero descansar, no estoy para estos trotes, no me da, dijo.

Siguió: esto pasó hace como veinte años. A comienzos de los noventa. Nos habíamos cambiado de TVN a un canal privado. El dueño era ese empresario de ultraderecha, tan amigo de Pinochet y su familia que aportó dinero para su defensa ese año que estuvo detenido en Londres. Nos habían levantado, más plata, mejores condiciones, todos felices. Estuvimos ahí dos años. Hicimos varias cosas. Un matinal, dos de concursos y un programa infantil.

No nos vio nadie. Tu tío, que ahora baila feliz con su hija, entendió por qué había fracasado. El show infantil fue el peor. Con las pantallas muertas, los auspiciadores salieron corriendo una y otra vez.

Un día nos echaron, obvio. Éramos cuatro, tu tío, dos productoras y yo. Nos despidieron un viernes por la tarde, me acuerdo. Fuimos a buscar las cosas el lunes. Tu tío no fue. No podía, no me acuerdo de la razón. Si le preguntas, va a negar todo esto, te va a decir que no pasó. Al final, se apareció por el canal al día siguiente, un sábado en la tarde, para no toparse con nadie. Metió sus cosas en una caja y caminó por el pasillo que daba al estacionamiento, que era heladísimo porque el estudio estaba en un galpón que había sido una bodega de maquinaria agrícola. Cuando iba a saliendo, una periodista que estaba de turno lo alcanzó y le pasó una bolsa de pan con la correspondencia que estaba guardada por error en una de las salas de prensa. Lo habían puesto ahí sin que a nadie le importase. No era raro. Los canales están llenos rincones donde se acumula el correo, los regalos, los peluches no solicitados, los retratos hechos de brillantina enviados por los fans, toda la basura postal posible.

Todas iban dirigidas al programa infantil. Algunas eran de hace un año. La periodista se disculpó, las había olvidado en un cajón, se topó con ellas cuando buscaba un papel hace poco y tenía pendiente entregárselas. Tu tío pensó en dejarlas en el canal o botarlas pero no lo hizo, se llevó la bolsa con las cartas.

Las abrió dos semanas después, cuando se quedó solo por primera vez en la casa, mientras le tomaba al hecho de estar cesante. No eran muchas, a lo sumo un par de docenas. Buena parte eran de padres que se quejaban del programa era tétrico y que a sus hijos les provocaba pesadillas. Le llamó la atención: se trataba de un concurso de conocimientos y lo único que él podía recordar como tétrico era que aparecía un vampirito de color azul gigante que tenía uno de los dientes rotos. El aspecto educativo era lo que explicaba su fracaso. Entretención vieja, hecha a petición de la esposa del dueño, una señora gorda que participaba en los directorios de varias de fundaciones de caridad. Junto con las de los padres, en la bolsa también venían cartas escritas por niños que contaban los sueños que les habían provocado algunos capítulos. La mayoría eran pesadillas. Los perseguían los personajes del programa (además del vampirito también estaban un perro de color rojo y una rata verde), no podían sacarse la música de la cabeza, mirar el show los hacía llorar. Junto con las cartas de los niños y de los padres, había un sobre grueso en tamaño oficio.

Estaba cerrado y al abrirlo tu tío se encontró con una docena de hojas escritas a máquina. No había remitente. Nada. Las hojas eran amarillas, dijo el Turco. Tu tío las leyó. Ya sabes que le gustan los comentarios del público. Siempre dice que trabaja para ellos y por lo tanto hay que estar atento. Leyó. El texto era largo pero estaba bien escrito. No parecía unas de esas cartas escritas con sangre falsa y con recortes del diario que los psicópatas mandan a veces mensajes. Por el contrario, quien redactaba quería desaparecer al punto que pedía disculpas por ocultar su identidad. No quería

fama o dinero, ni que se le reconociese de modo alguno, decía. También pedía que no se pusieran en contacto con él, que no tenía sentido. Decía lo que iba a narrar correspondía una colección de hechos fortuitos y pedía disculpas por no hacerse cargo de las explicaciones.

Todo partía con un accidente. Un día, al volver del colegio, se resbaló en el pavimento y se quebró un tobillo. Tuvo suerte, no lo operaron pero tuvo que hacer reposo absoluto. Pasó dos meses en cama, viendo tele. En la carta contaba que no tenía cable así que solo veía televisión abierta. La señora salía a trabajar y él veía tele todo el día, explicaba. Matinales, teleseries brasileñas, los shows juveniles. las noticias y todas las películas de mierda con la que se rellenaban las tardes en ese tiempo que daban películas por la tele. El dolor era bastante y necesitaba distraerse. Le sirvió para aguantar, decía. Armó una rutina, ordenó sus comidas, su sueño, sus tiempos muertos. Fue feliz en cierto modo. La tele acompaña, está ahí, es una voz amiga, un rostro familiar.

Contaba que había visto el programa infantil. Lo daban a las 11 de la mañana. En el canal estaban perdidos, querían atrapar una audiencia que no existía. Duraba una hora. Hicimos unos 50 episodios en vivo, dijo el Turco. No más, luego se pusieron a repetirlo. Como te dije, no funcionó, era pésimo, se veía pobrísimo. Todo andaba mal. Le habían pedido los libretos a un guionista que se fugó a La Paz, nunca hubo presupuesto, todas las ideas se completaron con cualquier cosa, pero en la carta él explicaba que le gustaba justamente por eso, porque era un fracaso. Alcanzó a estar un año y medio en pantalla. Luego tu tío se dedicó a otra cosa, nos hundimos más. Éramos jóvenes, podíamos fracasar, teníamos tiempo.

Decía que se obsesionó con las repeticiones. Se quedaba pegado mirando, fijándose en cosas. La pantalla le parecía un libro que debía ser leído de otra forma, como si se abriese más allá, como si lo que estuviese contando contuviese otra historia, otro relato, otra línea de tiempo que existía en los costados, en las hilachas de lo que seguía con la mirada. En la carta, trataba de explicarlo pero no podía. Pero eso estaba ahí. No podía negarlo o hacerse el loco.

El Turco pidió otro trago. La pareja volvió a su mesa. Vi a mi tío abrazar a su hija y a su yerno en medio de la pista. Las luces seguían moviéndose.

Terminó dándose cuenta de que algo raro pasaba con el programa, dijo el Turco. Había algo que hacía que los concursantes lloraran. Sucedió en un momento específico: la etapa final del concurso consistía en que los niños subiesen a una tarima y contestasen las preguntas más difíciles; ya sabes nombres de capitales de países, comidas típicas, colores de banderas. Todo era excesivo. Las preguntas las hacía el vampiro, que se ponía lentes y actuaba como una especie de profesor, aunque más bien parecía un payaso pálido. El actor que lo interpretaba se esforzaba bastante. Trataba de ser divertido y empático, hablaba con un acento extranjero. Funcionaba un poco, dijo el Turco. Luego el huevón se iba a hacer obras de teatro políticas en unos galpones

llenos de pulgas, dijo. Pero no despreciaba la pega. Trabajamos con él muchos años y siempre fue un agrado. Los niños lo querían siempre. Fue un gato rosado, una especie de moco parlante y un extraterrestre bonachón vestido con un traje plateado. Salvo el vampirito, resultaba simpático, dijo. Pero la carta explicaba algo distinto. Decía que en ese momento final, un tercio de los niños se ponía a llorar cuando subían a la tarima.

Avanzaban a donde estaba instalada, contestaban una o dos preguntas y explotaban en llanto. No eran todos, apenas un puñado. Se dio cuenta mirando las repeticiones. Algo lo puso en alerta: en un episodio subió una niña y respondió dos preguntas. Todo estaba bien hasta miró hacia la derecha y estalló. No pudieron contenerla, el vampirito ni las modelos disfrazadas de flores o minerales pudieron calmarla, menos el animador. Tuvieron que traer a otro niño, buscar al papá porque la niña, que tenía cinco o seis años, se había quedado muda y solo abría la boca para sollozar o comerse las lágrimas.

Miró todo eso en vivo, sentado en la cama, tratando de olvidar el dolor de su tobillo quebrado. Supo que había pasado algo. No pudo decir qué pero estaba ahí, en el llanto de la niña. Después de eso, se puso a ver el programa con más atención. Tomó notas, miró la pantalla como si fuese alguien que dibuja las aves escondidas en un bosque. Demoró dos semanas en dar con el patrón. Te repito, dijo el Turco, era un tercio de los niños. Nosotros no nos dábamos cuenta. No teníamos cómo. Subían a la tarima, miraban hacia su derecha y se largaban a llorar. Era apenas un gesto, un movimiento de la cabeza, los ojos que se encontraban con algo. En la carta, escribió que el patrón no correspondía a la edad sino que a la altura. Los niños que se ponían a llorar no eran los más pequeños en edad, sino que los más bajitos. Veían algo que los otros no y eso provocaba que estallaran en llanto.

Tu tío quedó perplejo. Luego de leer la carta, nos llamó. No sabía, no sabíamos nada, dijo el Turco. Ya nos habíamos ido, buscábamos pega. Nos juntamos en El Parrón y nos contó todo en uno de esos reservados oscuros que estaban al lado del salón grande. Fue la única vez que lo hizo. Éramos pocos, estaba el vampirito también, venía de hacer una obra de escrita por una mujer italiana que se había suicidado. Nos dijo que el hombre de la carta decía que cuando se mejoró del pie siguió pensando en la razón por la que se ponían a llorar los niños.

¿Qué había ahí? ¿qué miraban?, escribió.

Tu tío nos contó que el hombre de la carta pensaba una y otra vez en esos niños atrapados en ese instante que era apenas el retazo de un segundo, en el lugar indeterminado que capturaba su mirada más allá. Se obsesionó con eso, dijo tu tío. En la carta, el hombre contaba que le dio soriasis. Dejó de dormir, comenzó a tomar notas. Empezó a dar vueltas alrededor del canal en auto. Salía del trabajo y manejaba una media hora y luego se metía por las calles interiores de viejo barrio de Santiago donde estaba el edificio, esa vieja bodega donde construyeron los estudios. Todo era más pobre en esos años, dijo el Turco. No era una empresa grande.

Encontró un método. Comenzó a grabar los capítulos. Miraba una y otra vez las mismas imágenes. Tomó fotos de las pantallas. Aprendió de memoria los gestos. La línea de la mirada de los niños se volvió sólida; un lazo que tomó la forma de un rayo de luz roja que dibujó con tinta roja sobre las fotos que le sacó a la pantalla. Las páginas finales de la carta traían pegadas esas fotos además de varios diagramas y planos dibujados de modo amateur. El hombre que la enviaba decía que ahí estaba toda la información que había recogido, enumerada a modo de pruebas, contada del modo más objetivo posible, que por favor perdonara si nos parecía demasiado poco o una locura. Era todo lo que tenía, lo que había juntado. Nos pedía además que le informáramos sobre cualquier novedad, de ser posible. Ponía como dirección una casilla en el Correo Central para que nos comunicáramos con él.

Así terminaba la carta. Tu tío nos dijo que no supo qué hacer. Recordó el programa. No se había dado cuenta. Sí, los niños lloraban un poco más, había algo que los incomodaba. El ambiente, las luces, el mobiliario de papel maché y espuma, los personajes. Leyó la carta un par de veces más. Recordó el set. Trató de ubicarse mentalmente. Esa noche le costó dormir, dio vueltas en la cama, se avergonzó de estar sin trabajo y a la deriva, perdiendo el tiempo en esas cartas viejas. Se preguntó qué miraban los niños, qué podían ver, qué era lo que había más allá. También se preguntó quién era el loco que escribía la carta. Le llamó la atención la claridad de la prosa, el orden de la redacción. Todo lo que decía le pareció plausible. Se imaginó a ese hombre mirando la televisión días enteros, sin apenas cerrar los ojos, con el cerebro lleno de la electricidad deforme de las pantallas. Lo imaginó soñando, habitando esa pesadilla.

Al día siguiente fue al canal. Inventó una reunión con un ejecutivo, fingió tener asuntos pendientes que no existían, dudas respecto al finiquito. La reunión duró quince minutos y luego bajó al estudio. Estaba vacío. Entró sin problemas. Le pidió a un técnico que lo acompañara. Ahora usaban el estudio para grabar un estelar.

En El Parrón nos dijo que le pareció entrar en una iglesia demolida, con todos los muebles rotos, dijo el Turco.

Miré la pista: la pareja había vuelto a bailar. Las luces de colores parecían más intensas. Pedí más whisky.

Tu tío llevaba la carta del desconocido en la mano. Prendieron las luces del estudio y revisaron. Tuvo suerte: el técnico que lo acompañó había trabajado con los tramoyas, se acordaba de las marcas del piso, conocía las condiciones del lugar. Tu tío le contó un poco de qué iba todo, le mostró las fotos, los rostros de los niños, las líneas rojas. Se acordaron donde iban las tarimas, los frontis falsos, los árboles dorados llenos de frutas falsas, el marcador con las puntuaciones. Había sido una mierda de programa, dijo tu tío en El Parrón. Una vergüenza, repitió mientras narraba cómo había buscado los ángulos, cómo se había agachado una y otra vez con la espalda encorvada en el lugar donde se habían parado los niños, tratando de sincronizar su mirada con la que ellos podrían haber tenido, doblando la vista una y otra vez, entornando los

ojos, en cuclillas o de rodillas buscando algo que no sabía qué era pero que estaba escondido a plena vista.

Entonces lo vio.

Era algo que tan solo existía como un ángulo, como una manera de torcer la vista.

Lo miraba de vuelta desde la línea de la sombra, entre dos paneles de yeso detrás de las galerías donde sentaban al público, a poco más de medio metro del suelo. Los paneles lo tapaban casi completo y sobre él caía una luz opaca que bien podría haber sido fluorescente.

Tu tío dijo que se puso tenso. Se sintió atrapado en una jaula de aire. Era difícil concentrar la vista.

La boca estaba abierta y más de la mitad de la cara sobresalía en la pared de concreto. Sobre las cuencas vacías de sus ojos caían mechones de pelo tieso, sucio con polvo y cemento. Más abajo, lo que había quedado de una mano y más abajo de eso, algo que había sido tela se abría para dejar ver lo que habían sido nervios y huesos, puras formas de la penumbra, puras siluetas forjadas en la sombra.

Los niños apenas lo veían pues la imagen concreta desaparecía de inmediato, el fantasma quedaba en la retina, se convertía en una descarga fugaz, en un pulso hecho de puro miedo, en una mirada que los devolvía al vacío, dijo el Turco.

Parecía querer salir de ahí, arrancar de la pared, huir al mundo. El cemento estaba negro por el polvo y la mugre.

¿Y qué pasó?, pregunté.

Tu tío habló con un ejecutivo esa tarde. Fueron al estudio y miraron el rostro atrapado en la pared, escondido frente a todo el mundo. Como todos, había escuchado los rumores que en realidad eran un secreto a voces, luego que un abogado de derechos humanos se lo contara a un periodista amigo luego de estar invitado al panel de un programa político. Esa tarde el ejecutivo llamó al dueño. El dueño llamó a su abogado. El abogado esperaba la llamada. Habían enterrado cuerpos en esas bodegas. Tenían todo preparado: la defensa, la historia. Los del Instituto Médico Legal vinieron y se llevaron los restos. Salió en las noticias pero luego la noticia se desvaneció. Nadie quería más de esas historias. En el canal hubo acuerdos con el gobierno, se cobraron favores.

¿Quién era?, pregunté.

Un cabrito, 20 años, universitario, comunista, dijo el Turco. Lo identificaron rápido, nos dijo tu tío.

Tu tío le escribió una carta al hombre contándole todo esto y se la envió a la casilla. Anotó su dirección por si quería escribirle de nuevo. Así comenzó su relación. La segunda carta tardó diez años en llegar, dijo el Turco. El vampirito ahora vive en la costa. Somos unos viejos, demolieron El Parrón, ya no tenemos donde contar nuestras historias de fantasmas, me dijo.

Pero míralo a él y su señora, quién lo diría, dijo el Turco. Mira como bailan. Bailan, no les importa nadie, están en otro lado,



Los seguí en la pista. El hombre y su mujer estaban abrazados y movían lentamente. La fiesta se había puesto más íntima. Cuidate, me dijo el Turco; luego me dio un abrazo, se llevó dos vasos de vodka y volvió a su mesa.

Miré la pista. Pensé en irme. Mi tío abrazaba a mi prima. Reían, cuchicheaban. En un momento, se acercaron al hombre y su mujer. Él le sonrió a mi tío y le dijo algo a ella, que le susurró un gracias y después cada pareja volvió a su órbita privada e imposible, lejos de la línea recta que llevaba de un cuerpo muerto a la mirada de los niños en la oscuridad.

Me sirvieron otro whisky. No lo toqué. Los hielos estaban derretidos. Deseé que aún existiese una casa a la cual volver. Sonó una canción de Lucho Gatica. La canción hablaba de un hombre que no podía soportar la ausencia de una mujer y por lo tanto apenas aguantaba el flujo del tiempo, el modo que se apilaban los segundos, unos sobre los otros. Gatica la cantaba como si su aliento se apagase, como si llorase hacia adentro, comiéndose el aire y su voz parecía delgada y frágil; porque era la voz de alguien que sabe que cuando la música acabara solo quedaría el eco de un estallido, la nostalgia del cuerpo, un vacío concreto y perfecto.

